



Literaturas de la ruralidad y literatura neorrural: cruce de caminos identitarios y aproximación crítica y didáctica a una categoría en disputa

Literatures of Rurality and Neo-rural Literature: Crossroads of Identity and a Critical and Didactic Approach to a Disputed category

José Antonio MÉRIDA DONOSO

Universidad de Zaragoza, España

Resumen: Este artículo propone una aproximación crítica a la denominada literatura neorrural, entendida no como un género consolidado, sino como una categoría operativa y en disputa dentro de las literaturas de la ruralidad. Se examinan las formas en que lo rural se representa, re-significa y transforma en el marco de las nuevas ruralidades, considerando tanto la reactivación de las migraciones como la problemática de la España despoblada. Se advierte, además, cómo la instrumentalización editorial del término ha favorecido su difusión, pero también su indefinición, lo que obliga a replantear su alcance y utilidad. El objetivo no es zanjar su definición, sino proponer un marco que identifique tensiones, identidades e intenciones narrativas. A partir del análisis de diversas obras y enfoques teóricos, se subraya su potencial como dispositivo simbólico, herramienta cultural y recurso didáctico, destacando sus conexiones transnacionales y su valor en la construcción de imaginarios contemporáneos.

Palabras clave: literatura neorrural; ruralidad; identidad; territorio; memoria; nuevas ruralidades; representación simbólica.

Abstract: This article offers a critical approach to so-called neorrural literature, understood not as a consolidated genre but as an operative and contested category within the broader field of rural literatures. It examines how the rural is represented, re-signified, and transformed in the context of new ruralities, considering both the reactivation of rural migrations and the issue of depopulated Spain. It also highlights how the editorial instrumentalisation of the term has encouraged its diffusion while reinforcing its vagueness, thus requiring a critical reconsideration of its scope and utility. Rather than seeking to close its definition, the aim is to propose a framework to identify tensions, identities, and narrative intentions. Drawing on the analysis of various works and theoretical perspectives, the article underscores its potential as a symbolic device, cultural tool, and educational resource, while emphasising transnational connections and its role in shaping contemporary imaginaries.

Keywords: Neorrural Literature; Rurality; Identity; Territory; Memory; New Ruralities; Symbolic Representation.



Introducción. Literatura neorrural: categoría discursiva o conceptualización en disputa

¿Existe realmente una literatura neorrural o estamos, más bien, ante una categoría flexible y en construcción? Lejos de constituir un género literario en sentido estricto, esta expresión se ha utilizado para designar un conjunto heterogéneo de textos que, aunque comparten ciertos rasgos temáticos, responden principalmente a una sensibilidad común hacia el mundo rural y sus transformaciones. Lo neorrural, por tanto, no remite a una codificación formal ni a una tradición cerrada, sino a un campo discursivo atravesado por tensiones identitarias, políticas, ecológicas y simbólicas.

En la actualidad, el interés por las temáticas rurales se mantiene vivo y dinámico (Gómez Trueba, 2022; Mérida, 2023; Mérida, 2024; Mora, 2018). Desde la exploración de la vida en un pueblo abandonado y la desconexión con la sociedad moderna en *Los asquerosos* (2018), de Santiago Lorenzo, lo rural se deshace y rehace como espacio simbólico. Así, mientras que Irene Solà construye en *Canto yo y la montaña baila* (2019) una ruralidad plural y simbólica, donde naturaleza y memoria se entrelazan en un relato coral, y Ana Merino, en *El mapa de los afectos* (2020), aborda las fisuras emocionales de una comunidad rural marcada por la violencia y la pérdida, Sara Mesa, en *Un amor* (2020), explora el conflicto que supone la aceptación de las reglas de la pequeña comunidad rural que acoge o rechaza a quien llega desde la ciudad, una mirada más cercana a la tradición de la “España negra” que al *beatus ille*.

En este mismo horizonte, obras como *Las casas vacías* (Uclés, 2022) amplían los márgenes de lo que la crítica ha considerado literatura neorrural. Frente al tono alegórico y distópico de *Intemperie* (Carrasco, 2013), *El niño que robó el caballo de Atila* (Moreno, 2013) o *Cenital* (Bueso, 2012), centrados en el desarraigo y la búsqueda de sentido en espacios rurales hostiles, la novela de Uclés aborda el despoblamiento desde la pérdida de comunidad y la memoria afectiva del abandono. Esta mirada interior y fragmentaria, más vinculada a la experiencia emocional que a la restitución material del campo, la sitúa en el límite entre las representaciones contemporáneas de lo rural y lo neorrural, allí donde el territorio se convierte en espejo de la identidad y la ausencia.

Pese a sus diferencias, todas comparten un tronco común de sensibilidades diversas —irónicas, simbólicas, memorísticas o íntimas—. Este conjunto constituye un crisol de identidades que enlaza utopías y contrautopías, abandono y esperanza, despoblación y perseverancia. Se trata de un universo tan amplio como variado que, aunque presenta algunas constantes estéticas —como la recuperación del paisaje, la crítica al modelo urbano o la exploración de la memoria rural—, responde más a una necesidad contemporánea de resignificar el territorio que a un sistema estético homogéneo.

De forma paralela a esta literatura, en los últimos años las publicaciones académicas sobre esta temática han proliferado, dando lugar a un intenso cuestionamiento crítico. En particular, Vicente Luis Mora (2018) ha señalado el carácter

mediático y comercial de la etiqueta, utilizada para aglutinar esta vasta literatura, así como la tensión identitaria que subyace en este tipo de narrativa. Ciertamente, el uso y abuso de la denominación ha terminado por desdibujarla, hasta el punto de que el mundo editorial tiende a aplicar la etiqueta de literatura neorrural a obras que, en ocasiones, se limitan a emplear el espacio rural como mero escenario o telón de fondo, lo que genera una definición imprecisa y problemática (Mérida, 2023; Ayete y Molina, 2025). Es decir, esta categoría difusa, a menudo concebida como un “cajón de sastre”, agrupa narrativas muy diversas —tanto globales como locales, autónomas o específicas— que exploran diferentes identidades vinculadas a lo rural dentro de un marco genérico caracterizado por su indefinición. Esta amplitud semántica, si bien refleja la riqueza del fenómeno de narrativas que incluso trasciende el marco de las nuevas ruralidades, reclama una revisión crítica del concepto “literatura neorrural”.

En este debate resulta imprescindible recuperar la aportación de Marc Badal (*Vidas a la intemperie*, 2016) y de María Sánchez (*Cuaderno de campo*, 2017), en sus distintas formas —ensayo y poemario—. Ambos coinciden en que lo rural debe pensarse desde dentro, atendiendo a la experiencia campesina y a las memorias históricamente silenciadas —en especial las de las mujeres, presencia fundamental en las comunidades rurales—, más que como una etiqueta mediática o un mero síntoma del vacío demográfico. En este sentido, más que un género consolidado, la llamada literatura neorrural debe entenderse en el marco de las literaturas de la ruralidad, como una categoría discursiva en disputa.

Diversos estudios recientes han abordado esta problemática desde perspectivas estéticas, sociológicas y literarias. Calvo Carilla (2022) explora la categoría de ‘idilio’ y su relación con lo neorrural; Gómez Trueba (2023) revisa críticamente la idealización del retorno al campo; García (2019) problematiza su delimitación como objeto de estudio; y Molina (2025a, 2025b) destaca tanto la recuperación del lenguaje dialectal como los riesgos del etiquetado reduccionista. Junto con Ayete (2025), plantea además la necesidad de configurar agrupaciones autorales que, pese a su diversidad estética, comparten preocupaciones temáticas vinculadas al relato y al espacio narrativo, lo que exige un análisis crítico de sus enfoques y herramientas categoriales. En conjunto, estos trabajos coinciden en subrayar la heterogeneidad de sus manifestaciones y las tensiones conceptuales que atraviesan estas narrativas.

Resulta pertinente, pues, distinguir entre la noción de *literaturas de la ruralidad* —entendida como un marco analítico amplio que abarca las representaciones culturales y simbólicas de lo rural— y la categoría más acotada de *literatura neorrural*, surgida en un contexto de resignificación contemporánea del territorio y de relectura de las identidades ligadas al campo. Esta diferenciación permite recuperar como referencia los planteamientos de la nueva historia rural, que proponía un estudio holístico de las comunidades desde una perspectiva dinámica, atenta a continuidades y rupturas tanto colectivas como individuales. Trasladada al ámbito narrativo, esta concepción impulsa una lectura que va más allá del paisaje o del entorno físico, para centrarse en las transformaciones sociales, las experiencias humanas y su expresión simbólica. Frente a los enfoques ambientalistas que han sobrevalorado el espacio natural en detrimento de la dimensión cultural —y que a menudo han relegado la historia rural dentro del proceso de moderni-

zación—, este marco propone analizar las narrativas que exploran las estructuras sociales cambiantes y su impacto en las trayectorias vitales. Con esta aproximación teórica se enlaza una tradición investigadora que no concibe lo rural como un simple escenario, sino como un proceso en transformación constante. Inspirada en la escuela de los *Annales* y en el giro interdisciplinar propuesto por Turner —que integra herramientas de las ciencias sociales, la ecología y la psicología—, esta mirada subraya el papel de la representación simbólica en la construcción del conocimiento sobre el territorio.

Desde esta óptica, la proliferación de esta literatura no obedece solo a intereses editoriales, al afán de lectores ávidos por estas narrativas o a la voluntad de visibilizar territorios marginados por la narrativa urbana, sino que constituye en su conjunto una expresión simbólica del dinamismo rural, con sus contradicciones y transiciones. Las obras que conforman este fenómeno articulan identidades en transformación, tensiones entre lo local y lo global y conflictos entre historia, memoria y modernidad. El campo deja así de ser una imagen congelada en el tiempo para convertirse en un espacio narrativo donde emergen nuevas subjetividades, alternativas de vida y críticas al modelo urbano dominante.

Como ha señalado un análisis comparativo de tres autores paradigmáticos de esta vuelta a lo rural —Julio Llamazares (*La lluvia amarilla*, 1988), Jesús Carrasco (*Intemperie*, 2013) y Sergio del Molino (*La España vacía*, 2016)—, la literatura neorrural actúa como espejo invertido del discurso urbano hegemónico y, al mismo tiempo, como umbral simbólico para resignificar los vínculos entre territorio, memoria y experiencia (Mérida, 2024: 7-8). En este marco, el presente artículo indaga en las claves que definen las literaturas de la ruralidad como cruce de caminos identitarios, considerando su complejidad conceptual, las tensiones entre tradición y modernidad y su función como dispositivo simbólico de resignificación del territorio, la memoria y las formas de vida rural. Desde una perspectiva interdisciplinar, se analizan sus vínculos con las nuevas ruralidades y su articulación narrativa —literatura, cine o formatos híbridos y multimodales, incluidas las novelas gráficas—, atendiendo al metaconcepto de ‘cambio y continuidad’. Finalmente, se estudia su capacidad para cuestionar las representaciones tradicionales del campo, interpelar mitos como el progreso, la nostalgia o la autenticidad y visibilizar las tensiones culturales, económicas y simbólicas de la ruralidad contemporánea.

En suma, creemos que estas literaturas, más que insistir en su estatuto genérico, deben entenderse como un espacio discursivo donde convergen memorias, proyecciones y fracturas sociales. Este marco revela claras implicaciones didácticas, al evidenciar su potencial como recurso para la educación social y cultural y como herramienta para fomentar el pensamiento crítico en torno a las identidades rurales y urbanas. Ambos ejes —la necesidad de delimitar conceptualmente la literatura neorrural y su papel en la (re)construcción y (re)significación de imaginarios— trazan las intenciones de este artículo: explorar sus funciones representativas e implicaciones identitarias desde una perspectiva crítica y multidisciplinar.

Nuevas ruralidades: migraciones, dinámicas sociales y construcción identitaria

Del mismo modo que la noción de literatura neorrural ha sido empleada como una “extraña etiqueta” utilizada indistintamente por escritores, periodistas y editoriales (Mora, 2018: 201), el concepto de “nuevas ruralidades” ha conocido también un uso extendido, aunque con un desarrollo más riguroso en el ámbito científico y geográfico. Desde los años ochenta, ha contribuido a explicar los cambios sociales, económicos y culturales de los espacios rurales contemporáneos, superando las visiones tradicionales y unidimensionales.

Como fenómeno, la neorruralidad, entendida como la migración del ámbito urbano al rural (Camarero, 1993, 2009; Chevalier, 1981; Nogué, 1988; Prados, 2011), ha sido abordada desde distintos enfoques. Geraldine (2019) distingue aproximaciones que la definen como movimiento poblacional de amenidad, retorno a la naturaleza, *naturbanización* (Prados, 2011) o migración de estilo de vida y contraurbana (Berbel, 2022). Estas perspectivas responden a motivaciones económicas, ideológicas y morales, pero rara vez profundizan en la dimensión identitaria vinculada a la memoria espacial, tanto real como imaginada. En todo caso, evidencian las dificultades y posibilidades que plantea la neorruralidad en función de la disciplina y los objetivos académicos desde los que se analiza.

La bibliografía especializada aborda este movimiento desde los años sesenta, con un auge tras 1968. Antes de Hervieu y Purseigle (2004), autores como Dumasiedier (1974) y Léger (1979) hablaron de *nuevas inmigraciones rurales* en Francia, sin contraponer radicalmente lo rural y lo urbano. En ese contexto ya se mencionaban *neoartesanos* y *neocampesinos* (Barnley y Paillet, 1978; Chevalier, 1981; Nogué, 1988), interesados en preservar oficios tradicionales mediante nuevos procesos de desarrollo. Nogué (1988) añadió además el componente ideológico y comunitario de un primer movimiento (1976–1979), vinculado a la efervescencia libertaria, frente a un segundo en los ochenta, más orientado al retorno a la naturaleza. La incorporación de estas tendencias permite comprender la migración neorrural de forma dinámica y ampliar su definición en diálogo con nuevas lecturas sobre la relación entre lo urbano y el campo.

En otras palabras, los procesos de migración neorrural no pueden entenderse sin atender al vínculo entre paisaje y paisanaje, integrados en un sistema global que abarca dimensiones económicas, políticas y ecológicas y que se articula en torno a redes sociales y significados culturales. Estas sinergias son dinámicas y están en constante transformación: tanto el movimiento migratorio como el espacio generado son objeto de reconfiguración identitaria, ya sea por los individuos que se desplazan con diversas perspectivas, deseos e intereses, como por los residentes con quienes conviven.

En la actualidad, dichas resignificaciones mantienen plena vigencia, como muestra el interés renovado por la España despoblada (Del Molino, 2016, 2021) o, de forma más específica, por las *Españas despobladas* (Font, 2023). Por su parte, Marc Badal (2016) alude a la pérdida de un mundo campesino compuesto por múltiples pequeños mundos que, como advierte, se han ido alejando en silencio, víctimas de un “etnocidio con rostro amable”. De ahí la necesidad de recuperar

esas huellas que explican nuestro tiempo y permiten repensar la ruralidad más allá de la mirada editorial o mediática. Este planteamiento previene, además, frente a interpretaciones monolíticas y unívocas de lo rural, que tienden a homogeneizarlo e invisibilizar sus fracturas internas.

En síntesis, pueden reconocerse dos vertientes en la literatura neorrural contemporánea: una ideológica, vinculada a los movimientos migratorios hacia el campo, que permite articular la imaginación de formas de vida alternativas y emancipadas de la alienación urbana con la realidad rural; y otra memorial e identitaria, que convierte la España deshabitada y el recuerdo del “etnocidio campesino” (Badal, 2016) en un territorio simbólico de duelo, resistencia y reconstrucción del sentido de pertenencia.

Reconocer la pluralidad de experiencias y la memoria de un mundo campesino a menudo focalizado en su desaparición muestra cómo la denominada literatura neorrural se revela permeable a identidades en transformación, ofreciendo narrativas que captan la diversidad de lo rural y la convierten en clave interpretativa para comprender nuevas realidades emergentes dentro de las literaturas de la ruralidad. Por ello, de emplearse, la categoría de literatura neorrural debe entenderse como una expresión más acotada dentro del marco amplio de las literaturas de la ruralidad, centrada en las tensiones contemporáneas entre pérdida y persistencia, desarraigo y reconstrucción identitaria, sin olvidar que también existen mundos rurales que perduran, se transforman y mantienen viva su capacidad de agencia y reinención.

Neorruralidad literaria: una aproximación comparada en clave transnacional

El neorruralismo, entendido como una corriente literaria y cultural que refleja el interés por el retorno, la revalorización y la renovación de la mirada hacia lo rural, es un fenómeno con proyección internacional que va más allá del ámbito español. Aunque en España ha recibido especial atención, este fenómeno tiene resonancias y desarrollos significativos en distintos países, con sus propias particularidades, que permiten enriquecer la comprensión global del neorruralismo contemporáneo.

En Europa occidental, Francia ha desarrollado un análisis destacado sobre la ruralidad contemporánea. El concepto de “nuevas ruralidades” introduce una perspectiva plural que trasciende la visión clásica y dicotómica urbano-rural. Claire Jaquier (2019) subraya la importancia de los “mundos rurales” en plural, entendidos como espacios que constituyen un marcador identitario territorial no en oposición, sino en complementariedad con lo urbano. Este enfoque reconoce a los territorios rurales como vectores de solidaridad, calidad de vida y redes interdependientes. En la literatura, esta mirada se traduce en un discurso que contrasta el autotelismo con la transitividad, destacando una repolitización de la literatura contemporánea orientada a dar voz a los “sin voz” (Sapiro, 2021: 107). Obras recientes en Francia, como *Histoire du fils* de Marie-Hélène Lafon (2020), *Nature humaine* de Serge Joncour (2020) y *Une bête au paradis* de Cécile Coulon

(2021), reflejan esta inquietud por la ruralidad como espacio de conflicto, memoria y transformación. En el ámbito del cómic, títulos como la amplia serie de números *Le retour a la Terre* de Manu Larcenet y Jean-Yves Ferri (2002-2025) amplían la perspectiva formal, asociando imagen y texto para explorar la ruralidad contemporánea.

Italia, por su parte, presenta una suerte de neorrealismo posbélico que influye en esta literatura. Autores como Paolo Cognetti, con *Le otto montagne* (2016), exploran el regreso a la montaña y la búsqueda de sentido en la naturaleza, mientras Erri De Luca aborda temas de vida rural y ecología en obras como *Montedidio* y *Il giorno prima della felicità*. El legado del neorrealismo, representado por Cesare Pavese (*La luna e i falò*, 1950) y Carlo Levi (*Cristo si è fermato a Eboli*, 1945), sienta las bases para una literatura que articula crítica social y paisaje rural.

En Europa del Este, el neorruralismo literario adquiere particularidades ligadas a la historia reciente y a los procesos de transición democrática. En el caso de Rumanía, el escritor Mircea Cărtărescu ejemplifica esta mirada con su trilogía *Orbitor* (1996-2007), donde el espacio rural se presenta como un territorio mítico y distópico, atravesado por la memoria colectiva, el trauma histórico y la transformación social tras el comunismo. Su novela *Solenioide* (2015) profundiza en la alienación entre el espacio rural y el urbano, proyectando la crisis identitaria de la contemporaneidad. En un registro diferente, Theodor Kallifatides incorpora la dimensión transnacional de la ruralidad a través de su propia experiencia de exilio y retorno. Obras como *Otra vida por vivir* (2017) indagan en la memoria, el desarraigo y la reconstrucción de los vínculos con la tierra natal, mostrando cómo lo rural se resignifica en un diálogo entre identidad, migración y globalización. Estas obras evidencian que, en el contexto de Europa del Este, la ruralidad funciona como un campo simbólico complejo, donde se entrecruzan resistencia, nostalgia y cuestionamientos ante la modernidad.

La literatura latinoamericana del siglo XXI que aborda esta temática se caracteriza por un giro que revisita los espacios y modos de vida rurales desde perspectivas contemporáneas, integrando problemáticas como la globalización, la crisis ecológica, la memoria colectiva y nuevas formas de convivencia. Este proceso ha sido conceptualizado por Sebastián Saldarriaga (2020) mediante el término “giro rural”, con el que explica cómo las narrativas latinoamericanas reconfiguran lo rural desde una mirada crítica y actualizada. El autor se centra en Colombia para analizar este desplazamiento, estrechamente vinculado con la construcción de memorias del conflicto armado, y pone de relieve relatos que han quedado al margen de los discursos dominantes sobre la violencia, como el daño a los ecosistemas y el despojo de territorios campesinos y ancestrales. En todo caso, esta categoría analítica, entendida como una nueva mirada o reconceptualización de lo rural, permite superar el costumbrismo tradicional para explorar el campo como espacio de conflicto, transformación y diálogo entre lo local y lo global, lo real y lo fantástico. Entre las narrativas recientes que reconfiguran lo rural desde una perspectiva crítica destacan *Desierto sonoro* de Valeria Luiselli (2019), que aborda los procesos migratorios y el desarraigo en la frontera México-Estados Unidos; *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin (2015), que articula una alegoría sobre la toxicidad ambiental en el campo argentino mediante la fusión de realismo y lo fantástico; y *Fruta podrida* de Lina Meruane (2007), que pro-

blematiza la biopolítica y la explotación agrícola en el contexto chileno. En todas ellas, el lenguaje literario se configura como herramienta de resistencia y relectura política frente a los discursos de homogeneización.

Respecto al caso estadounidense, el término “neorrural” es menos frecuente en la literatura académica, pero existe una corriente creciente de narrativa rural que aborda la transformación socioeconómica y cultural de las zonas rurales afectadas por la desindustrialización y la crisis agrícola. Autores como Wendell Berry —con una amplia obra ensayística y narrativa que reivindica la conexión con la tierra y la sostenibilidad rural— y Annie Proulx han reactivado estas preocupaciones bajo nuevas sensibilidades. Además, escritores contemporáneos como Rash (2008) y Morgan (1999) profundizan en los conflictos sociales, ambientales y económicos propios de las zonas rurales de los Apalaches. Estas obras exploran las tensiones entre modernidad y tradición, desarraigo y posibilidades de resistencia y renovación, contribuyendo al diálogo con el retorno al campo y la crisis ambiental.

Si bien la investigación sobre la literatura rural está menos consolidada en África y Asia, en estos continentes esta literatura es considerablemente diferente ya que se expresa en contextos socioculturales específicos a través de tradiciones literarias diversas, muchas veces relacionadas con la oralidad. Por ello, la referencia a estos vastos territorios es necesariamente somera y no pretende establecer equivalencias directas, sino señalar la existencia de perspectivas valiosas que enriquecen la comprensión global del campo rural y sus múltiples dimensiones. En palabras de la antropóloga Birgit Meyer (2015), el estudio de las culturas rurales en contextos no occidentales requiere un enfoque sensible que reconozca sus particularidades y evite la imposición acrítica de categorías originadas en tradiciones académicas europeas o americanas.

En este marco más amplio de las literaturas africanas, la producción literaria magrebí destaca como un corpus dinámico que amalgama prácticas culturales diversas y complejas adscripciones identitarias proyectadas a lo largo del siglo XX. Obras como *La boîte à merveilles* (1954), de Ahmed Sefrioui, aunque centradas en la vida urbana, evocan la memoria rural y la migración campo-ciudad, un motivo recurrente y fundacional en la narrativa magrebí, que refleja los profundos procesos históricos de contacto e influencia entre ambas orillas del Mediterráneo.

Esta tradición literaria ha evolucionado en las últimas décadas para reflejar las transformaciones sociales, políticas y culturales que atraviesan la región. Por ejemplo, *Diario de un alfaquí rural* (2002), de Mohamed ibn Azzuz Hakin, expone la experiencia de un alfaquí originario de Gomara al llegar a Tetuán, articulando un diálogo entre la modernidad y la tradición cultural rural que desdibuja las fronteras entre pasado y presente, y que ilumina las complejas relaciones hispano-magrebíes. De manera complementaria, la escritora franco-marroquí Leïla Slimani explora en su trilogía *In the Country of Others* (2021) las tensiones identitarias y la pertenencia en contextos rurales, profundizando en la migración, la memoria y la resistencia cultural dentro de un marco poscolonial. Estas obras contribuyen de manera decisiva a enriquecer la comprensión de las realidades

rurales y desafían los estereotipos simplistas, ofreciendo narrativas que celebran la pluralidad y la complejidad de una región en constante diálogo cultural.

Asimismo, estas expresiones literarias abren, además, múltiples líneas de investigación que abarcan tanto a sus autores —novelistas, escritores para jóvenes, historietistas, creadores de álbumes ilustrados o cuentos infantiles— como a los lugares que configuran la ruralidad: sus regiones, paisajes, modos de vida, hábitats y habitantes, lenguas y habla. Su corpus permite plantear preguntas relevantes sobre las funciones que desempeña lo rural en la narración ficcional: ¿actúa como simple escenario, como protagonista o como contrapunto simbólico? ¿Participa de un proyecto de representación realista o de una problematización especulativa de mundos posibles? También resultan significativas las formas en que se representa el habla y su interacción con el lenguaje visual, especialmente en el caso de la novela gráfica: ¿cómo dialogan texto e imagen para escenificar o narrar lo rural? ¿Existe, en este sentido, una tipología específica de novela gráfica vinculada a la ecocrítica, que tematice la sostenibilidad, la relación con la tierra o las consecuencias de los modelos productivos sobre el entorno natural?

Un ejemplo particularmente significativo supone la perspectiva crítica que supone *Rural* (2017) de Étienne Davodeau, al inscribirse en los debates actuales sobre el futuro del mundo rural y la justicia es *Rural*. La obra ilustra el impacto de la agroindustria, la sostenibilidad ambiental y la transformación del paisaje campesino, evidenciando el potencial de la novela gráfica para integrar problemáticas territoriales, memorias históricas, conflictos socioambientales y, en definitiva, repensar las formas de narrar el territorio rural, las identidades glocales de distintos espacios periféricos del contexto europeo. Este cruce entre estéticas visuales y narrativas melancólicas encuentra también resonancia en otros formatos y géneros que, desde perspectivas diversas, participan de una reconfiguración simbólica del mundo rural.

Por último, el tratamiento de estos temas puede variar en función de la identidad del destinatario —adulto o joven—, lo cual invita a reflexionar sobre los imaginarios diferenciados que circulan según las franjas lectoras y los géneros discursivos. En suma, la literatura centrada en espacios rurales (idealizados o desidealizados, estigmatizados, comprometidos, melancólicos) evidencia que lo neorrural, su representación y resignificación simbólica, en diálogo con las múltiples formas de entender la ruralidad, lejos de ser un fenómeno homogéneo, se caracteriza por su diversidad y riqueza.

Desde esta óptica, Mougoyanni Hennessy (2021) señala que lo rural distópico coexiste con narrativas transnacionales y desterritorializadas. Movimientos internacionales como el *Back to the Land* —que promovieron el retorno a lo rural como forma de vida alternativa frente al modelo urbano-industrial, especialmente a partir de los años sesenta (Jacob, 1997; Halfacree, 2007)— permiten discutir conceptos como la glocalización y la multiterritorialidad y contextualizar las conexiones y paralelismos entre lo rural y otros fenómenos culturales de escala global. Esta lectura refuerza la idea de que lo neorrural debe entenderse no solo como una categoría local o nacional, sino como parte de una red de significados en circulación que atraviesan fronteras y reconfiguran el imaginario rural contemporáneo.

La proyección internacional ayuda a matizar y enriquecer la comprensión de la denominada literatura neorrural española, permitiendo apreciar la ausencia de este concepto y, por ende, situarla como parte de una red transnacional de discursos y prácticas culturales. En este marco, se aprecia su especificidad como característica distintiva de un imaginario vinculado a una “España vacía” y, por tanto, a los procesos sociales, económicos y culturales que han configurado la realidad rural y a una sensación de pérdida. Dicha sensación remite a un mundo frecuentemente asociado a la infancia y que conecta con la memoria histórica en tanto que narrativas olvidadas, alejadas de la historia oficial. Resuenan aquí ecos de Marc Badal (2016), al situar lo campesino en tensión entre “el barro” de los prejuicios y “el Edén” de las buenas intenciones, como memoria ambivalente cuya pérdida define nuestra forma de mirar el presente. El campesino aparece entonces como receptáculo de dos melancolías: la desaparición de la civilización campesina y la de la infancia, una asociación simbólica que se repite en diversas obras y que puede interpretarse como metáfora de un país que envejece sin relevo generacional. El ocaso de una parte de la España rural —caracterizada por una población envejecida y sin relevo generacional— funciona como metáfora de la infancia misma. Este final, hacia el cual confluyen múltiples autores, genera la imperiosa necesidad de narrar: la de un patrimonio cultural próximo a la extinción, la de un “mundo” que se desvanece y, con él, la de una esencia que se pierde. Esta preocupación se erige como un motivo recurrente y obsesivo en una parte de la literatura española, que toma como tema la distancia —en aparente paradoja con la prolongación— entre ciudad y campo, enriquecida ahora con perspectivas que denuncian la alienación urbana y la creciente brecha sociocultural y generacional. No obstante, nuevamente este imaginario, abordado desde la multicausalidad, convive con otros discursos sobre la ruralidad que subrayan su heterogeneidad y diversidad, así como las tensiones internas que atraviesan sus comunidades, invitando a una mirada más compleja y plural sobre la España vacía —y, en clave política, la España vaciada—, así como su representación cultural.

La España despoblada: exclusión territorial y marginalidad relacional

Como se sabe, la expresión “España vacía”, popularizada por Sergio del Molino (2016), ha tenido un notable eco mediático y cultural, dando lugar a un uso semántico diferenciado. Frente a su carácter más simbólico o evocador, la variante “España vaciada” introduce una lectura crítica del fenómeno, aludiendo a las políticas de desarrollo responsables del vaciamiento del territorio. Desde una perspectiva geográfica, ambos términos remiten a zonas en regresión demográfica, afectadas por procesos estructurales de desconexión y pérdida de centralidad.

Las transformaciones demográficas y sociales de las últimas décadas han reconfigurado profundamente el espacio rural en Europa, con la creciente despoblación de amplias zonas interiores, especialmente en regiones del sur, este y centro del continente. En España, este fenómeno ha sido conceptualizado bajo la

etiqueta “España vacía”, que alude no solo a un hecho demográfico, sino a una construcción simbólica cargada de resonancias culturales, históricas y políticas.

Durante décadas, la marginación rural se explicó desde la geografía física: lejanía, dificultad de acceso, precariedad en infraestructuras y dependencia del sector primario. Estas condiciones provocaron desempleo, envejecimiento y emigración de las capas activas (Copus, 2013), configurando un círculo de exclusión que asociaba lo rural con el atraso. Este marco fue reforzado por el paradigma modernizador, que situaba las regiones periféricas como espacios rezagados frente al desarrollo urbano (Lombardi, *et al.*, 2020).

No obstante, investigaciones recientes han desplazado el foco desde lo geográfico hacia lo relacional. La exclusión ya no depende exclusivamente de la localización física, sino de la falta de conectividad económica, tecnológica y política. La marginalidad, en este nuevo enfoque, se define por la ausencia de vínculos con las redes que estructuran el territorio global (Castell, 2000; Cresswell, 2010). Esto implica que incluso territorios centrales pueden ser marginales si carecen de articulación funcional. Así, la lejanía geográfica deja de ser la única variable explicativa; es posible estar “desconectado” en el corazón del sistema.

Este enfoque ha resultado especialmente útil para analizar los espacios rurales posindustriales o post-socialistas, así como los efectos de la crisis de 2008 (Wiest, 2016). En países como Alemania o Rumanía, algunas zonas rurales quedaron al margen de la reestructuración económica. Incluso en contextos altamente urbanizados, como en los Países Bajos, regiones periféricas limítrofes con Bélgica y Alemania presentan dinámicas similares de declive demográfico y desconexión estructural (Bock, 2015).

La “España vacía” o “vaciada” se inscribe plenamente en este paradigma. Su visibilidad reciente no responde solo a una crisis rural concreta, sino a la acumulación de procesos históricos que han excluido territorios enteros de los discursos oficiales del progreso. En juego está no solo la pérdida de población, sino la invisibilización simbólica de múltiples ruralidades como parte activa del relato nacional.

Aunque la noción de neorruralidad ha sido utilizada con cierta imprecisión por distintos agentes culturales, mantiene una presencia significativa en la literatura contemporánea. El fenómeno se consolida en el ámbito literario a partir del éxito de *Intemperie* (Carrasco, 2013), obra que reintroduce lo rural en el circuito editorial mediante la historia de un niño que huye de un entorno hostil —no exento de ecos de *Los santos inocentes* (Delibes, 1981)— y encuentra refugio en la figura de un cabrero, símbolo de resistencia y sabiduría ancestral. La alusión a Delibes no es casual: lo rural como escenario, temática y agente simbólico cuenta con una sólida tradición narrativa en la literatura española (Berbel, 2022: 309). Esta genealogía resulta indispensable para examinar si dicha tradición se transforma con el surgimiento de nuevas sensibilidades, consolidándose como una corriente narrativa contemporánea desde inicios del siglo XXI y, de forma más notoria, a partir de su segunda década (Champeau, Carcelén, *et al.*, 2011).

Si bien la filtración de las nuevas ruralidades a la sociedad ha ido paralela a mejoras en comunicaciones y servicios, la tensión dialéctica entre la Europa urbana —símbolo de modernidad y dinamismo cultural— y la Europa rural

—símbolo de atraso, pobreza y aislamiento— mantiene “una radicalidad genuina” en el paisaje español (Berbel, 2022: 298). El imaginario del despoblamiento y el abandono de algunas localidades rurales como tributo a un mundo crepuscular, en tránsito o proceso de extinción, constituye, más que una metáfora, una estructura narratológica específica (Bal, 1990).

Obras recientes como *Los últimos. Voces de la Laponia española* (Cerdá, 2017) y *El viento derruido* (López Andrada, 2017) revisitan críticamente el mundo rural, alejándose de visiones nostálgicas o idealizadas del pasado. Durante el franquismo y la Transición, la literatura evocaba a menudo un ámbito rural perdido, teñido de infancia y melancolía —como en *El camino* de Delibes (1950)—, y representaba el éxodo hacia la ciudad como tránsito inevitable hacia la modernidad. Ese enfoque reforzaba el imaginario urbano hegemónico al presentar el supuesto atraso rural como causa natural del desplazamiento. En contraste, la narrativa actual enfatiza el abandono forzado y la recuperación de la memoria afectiva ligada a esa pérdida, a modo de tributo literario.

Esta renovación, que dialoga con la literatura de viajes y la novela social, se proyecta también sobre nuevos formatos como la novela gráfica. *Un médico novato* (2013), de Sento, retrata la dureza y el aislamiento del medio rural soriano durante la Guerra Civil, reivindicando la dignidad de sus habitantes. *La araña del olvido* (2015), de Enrique Bonet, vincula enclaves rurales con la memoria traumática a través de la búsqueda de un poeta represaliado. Finalmente, *Jamás tendré 20 años* (2016), de Jaime Martín, sitúa el mundo rural como trasfondo vital y político en la historia de una familia marcada por la guerra y la dictadura. Estas obras recuperan experiencias personales y colectivas ancladas en el territorio, inscribiéndose en el marco de la memoria democrática y desafiando los relatos oficiales desde una perspectiva crítica.

Numerosos autores han señalado que esta renovación no surge de forma abrupta, sino que se inscribe en una genealogía más amplia (Del Molino, 2016; Mérida, 2023; Mora, 2019). Desde las décadas finales del siglo XX, obras como *El disputado voto del señor Cayo* (Delibes, 1978), *La aldea muerta* (Borrazas, 1981), *El hierro en la ijada* (Alonso Crespo, 1984), *La ruina del cielo* (Mateo Díez, 1992) o *Muerde el silencio* (Acín, 1996) configuran un corpus amplio y heterogéneo que recupera lo rural desde distintas perspectivas. A este conjunto se suman contribuciones anteriores de Cela, Benet o Matute, así como obras de la Transición de Atxaga, Mateo Díez o Rivas. Más allá de *La lluvia amarilla* (Llamazares, 1988), *Luna de lobos* (1985) y *Escenas de cine mudo* (1994) ofrecen diferentes aproximaciones a la memoria y al mundo rural. Asimismo, García Morales desarrolla narrativas como *El sur* (1981), *Bene* (1985) y *El silencio de las sirenas* (1985), a las que puede añadirse *La tía Águeda* (1992), donde la memoria familiar y provinciana proyecta resonancias ligadas al territorio.

Este legado literario se extiende desde el tremendismo de *La familia de Pascual Duarte* (Cela, 1942) —citada aquí como punto de partida, sin remontarnos al Realismo o la Generación del 98— hasta el antitremendismo de *Viaje al sur* (Marsé, 1962), alejadas de toda idealización de la vida rural. Delibes defendió con pasión Castilla y sus habitantes, mientras que autores como Aldecoa, Goytisolo o Sán-

chez Ferlosio narraron las consecuencias del éxodo rural a través de relatos de sueños rotos y ausencias persistentes. En la misma línea, *Con la maleta al hombro* (De Lera, 1969) retrata la emigración a Alemania de un hijo de campesinos.

Como es lógico, esta proyección del medio rural trascendió la literatura y alcanzó el cine. Más allá de adaptaciones como *La familia de Pascual Duarte* (1976) o *Los santos inocentes* (1984), filmes como *El espíritu de la colmena* (1973) y *Tasio* (1984) reflejaron la desconexión y la falta de futuro en esa ‘otra España’. Borau, por su parte, exploró lo rural mediante metáforas y aproximaciones diversas en *Furtivos* (1975), *La Sabina* (1979) y *Tata mía* (1986), donde abordó la autodestrucción, la mitología y el origen identitario (Mérida, 2017).

Historia y memorias: construcciones narrativas del espacio rural

Como hemos avanzado, el imaginario de lo neorrural se configura a partir de dos ejes fundamentales: el espacial, vinculado a la España más despoblada, y el temporal, relacionado con el éxodo rural. Ambos confluyen en una memoria histórica de lo rural, soterrada pero aún viva en quienes sufrieron el desalojo de la historia. Más que una épica de derrota, la España abandonada es una crónica de destrucción que funciona como metáfora de los estragos del olvido. Esta visión contrapone la memoria oficial, formulada desde las estructuras de poder urbano, a las memorias obviadas, pero presentes, de esa otra España olvidada. En este sentido, las literaturas de la ruralidad no solo reactivan la memoria histórica del éxodo y el abandono, sino que, en diálogo con las ecoescrituras contemporáneas, plantean una reflexión ética y estética sobre la sostenibilidad, la crisis ambiental y la reconstrucción simbólica de los territorios, aunando pasado y futuro.

Desde un punto de vista teórico, las reflexiones de Paul Ricœur en *La memoria, la historia y el olvido* (2000) ofrecen una clave para entender cómo las memorias rurales se resisten al olvido impuesto por las narrativas dominantes. Asimismo, el concepto de “lugares de memoria” de Pierre Nora (1984) nos permite comprender que el territorio rural actúa como un contenedor simbólico de memorias colectivas y personales que se inscriben en el paisaje, la arquitectura y las prácticas culturales.

La literatura recoge constantemente esta memoria rural. Así lo evidencian los poemas de Vicent Andrés Estellés en *El gran foc dels garbons* (1972) o *Cadaqués* (1947) de Josep Pla, que indagan en la memoria dialogando con el paisaje y la arquitectura, símbolos de transformación y perduración. La vuelta actual a lo rural recorre senderos ya marcados por obras como *La lluvia amarilla* (1988) y *Camí de Sirga* (1988), que muestran una sensibilidad común hacia el pasado y la necesidad de visitar los espacios de la infancia, no como revancha urbana, sino como reencuentro con un mundo vivido y perdido. Este componente memorístico se alza como una “memoria moral” vinculada al patrimonio rural, las tradiciones, el habla y el léxico; a lo telúrico y paisajístico; y al pasado familiar y la idea del retorno (Mérida, 2023: 49).

Un aspecto fundamental, todavía poco explorado en el estudio de las literaturas de la ruralidad, es la presencia y la experiencia femenina en el medio rural.

Autoras como María Sánchez visibilizan las voces de las mujeres campesinas tanto en el poemario *Cuaderno de campo* (2017) como en el ensayo fronterizo entre lo literario y lo testimonial *Tierra de mujeres* (2019). Desde el ámbito andaluz, Sánchez reflexiona sobre la memoria familiar, la transmisión de saberes campesinos y el papel silenciado de las trabajadoras del campo, recuperando una genealogía femenina que ha sostenido las comunidades rurales. *Panza de burro* (2020), de Andrea Abreu, refuerza esta línea al narrar una amistad femenina en un territorio canario que actúa como agente determinante —por su orografía, clima, tradiciones y dinámicas socioeconómicas—, mientras las protagonistas exploran formas de transgresión frente a esos límites.

Esta recuperación de la experiencia femenina añade nuevas capas de identidad y memoria (González García, 2024), enriquece la pluralidad del campo y cuestiona el canon masculino dominante, obligando a reconsiderar quién habla del campo, a quién se ha obviado y desde dónde.

En estrecha relación con esta recuperación de voces silenciadas, una parte de la literatura contemporánea aborda también la revitalización del patrimonio lingüístico y cultural. La recuperación de léxicos del habla y de lenguas minoritarias se convierte en una forma de resistencia simbólica, mientras que la narración del pasado rural se transforma en un espacio para la memoria histórica y la reivindicación de una identidad plural frente a la memoria oficial. En este sentido, la literatura articula una doble función: preservar tradiciones y lenguas y visibilizar y honrar las heridas de la historia, como el éxodo rural y la represión sufrida durante la Guerra Civil y la dictadura. Ambos procesos comparten un imaginario de expulsión —el desplazamiento forzado de vivos y la dignificación de los muertos— que se entrelazan para ofrecer una visión compleja y poliédrica del mundo rural.

Obras como *Historias de la Alcarama* (2008), de Abel Hernández, transitan desde el franquismo hasta el éxodo mediante localidades huérfanas que reviven gracias a descendientes que regresan. En ocasiones, estas narrativas adoptan la forma de reflexión metanarrativa, como sucede en la ya señalada *Escenas de cine mudo* (1994), de Julio Llamazares, cuya reedición en 2022 —como tantas otras recuperaciones editoriales— evidencia el interés de un público lector por reconstruir no solo los fragmentos de la ruralidad que perdura, sino también de lo que fue y pudo haber sido. En este caso, el recurso de “montaje cinematográfico” permite abordar la memoria colectiva e individual, manteniendo vivas las reminiscencias del mundo rural. En esta línea, Geneviève Champeau destaca la función testimonial y patrimonial de las novelas de Moisés Pascual Pozas, subrayando que “el mundo rural tradicional no morirá del todo mientras sea objeto de relato y su legado pueda transmitirse” (2018: 3).

Así, las miradas rurales funcionan como espacios transfronterizos de memoria, que van desde Delibes y Miquel Pairolí hasta una generación más joven representada por Pilar Adón, Alberto Olmos, Iván Repila o Santiago Lorenzo, entre otros. Este diálogo con la memoria crea un terreno emocional propicio para relecturas subjetivas del pasado y proyecciones futuras, diferenciándose entre lo local y lo global. La dialéctica entre ayer y hoy genera pulsiones utópicas y una suerte

de “utopías de retorno” (Léger, 1979), similares a las de la Francia de los años setenta, cuando jóvenes migrantes rurales buscaban sistemas autosuficientes y ecológicos.

Dentro de estas literaturas de la ruralidad, los personajes oscilan entre quienes retornan a espacios identitarios heredados, con un anclaje local —a menudo a través de la memoria, el paisaje y eventos históricos específicos (Berbel, 2022)—, y quienes buscan una nueva vida sin esos lazos. Mientras el pasado se concreta en lo local, las proyecciones vitales adoptan formas más genéricas y globales, desdibujando el territorio y transformándolo en un espacio simbólico, como sucede en la ya mencionada *Los asquerosos* (Lorenzo, 2018). Más allá del punto de inflexión que supuso *Intemperie* (Carrasco, 2013) al plasmar un entorno deslocalizado y alegórico, *El bosque es grande y profundo* (Darriba, 2013) lleva esa tensión al extremo: el bosque, trasunto simbólico de la naturaleza frente a la civilización, sustituye la dicotomía clásica entre campo y ciudad por una confrontación más abstracta entre supervivencia y desarraigo. En estas narrativas se evidencia una resignificación del mundo rural que, en muchos casos, se construye desde la distancia urbana, generando un territorio imaginado que oscila entre el exotismo y la épica, la esperanza y la desesperanza.

En otras, sin embargo, como en *Las ventajas de vivir en el campo* (Freire, 2016), tal y como hemos adelantado, el retorno se enraíza en lo local. Aquí, el regreso al entorno rural se concibe menos como un retorno idealizado que como un intento de reconstrucción identitaria, atravesado por el desencanto y la imposibilidad de hallar un verdadero arraigo.

Esta evolución de las representaciones rurales se distancia del modelo del lugareño idealizado decimonónico, entendido como imperfecto pero susceptible de ser “eficiente” y “rentable”, lo que refleja tensiones culturales persistentes (Junco, 2001). En diálogo con las corrientes ecocríticas, este conjunto de miradas revela cómo las nuevas literaturas rurales reformulan la relación entre naturaleza y cultura, desplazando el foco de la representación desde el paisaje físico hacia la experiencia emocional, ética y simbólica del habitar.

Superada la imprecisión del término literatura neorrural, el uso de la categoría literaturas de la ruralidad —y del propio neorrural como marcador de contradicciones— permite desvelar las tensiones que laten en la relación entre ciudad y campo. Más que una frontera rígida, ambos espacios se configuran como un territorio compartido y en constante fricción, donde convergen memorias, identidades y prácticas diversas. En esta línea, las narrativas actuales de las literaturas de la ruralidad resignifican la relación entre paisaje, memoria, género y territorio desde múltiples identidades y coyunturas, configurando un mosaico plural y dinámico.

Ahora bien, esa misma potencialidad deja al descubierto las contradicciones de una mirada hegemónica cuando se proyecta de forma unidireccional desde la urbe hacia lo rural, reproduciendo a veces jerarquías y asimetrías culturales. En este sentido, aunque resulta fértil la contribución de autores que narran lo rural desde el desplazamiento urbano, persiste el riesgo de una visión parcial, sobre todo cuando el término “neorrural” se instrumentaliza con fines editoriales más que críticos.

El paisaje como archivo: ruinas, embalses y silencios

Ya hemos avanzado que el imaginario del despoblamiento y el abandono de algunas localidades rurales, entendido como un tributo a un mundo crepuscular en proceso de extinción, constituye más que una metáfora, una estructura narratológica específica (Bal, 1990) que trasciende la literatura y se extiende a múltiples manifestaciones culturales y simbólicas.

En este contexto, Pilar Adón explora una ruralidad alegórica que se aleja tanto de la idealización como del realismo crítico. En *Las efímeras* (2015) y *De bestias y aves* (2022), lo rural se presenta como un espacio cerrado y ritualizado, donde lo comunitario y lo femenino adquieren un carácter inquietante, introspectivo y ambiguo. Su escritura, como advierte Livia Fortan (2024), evoca una naturaleza que no actúa como escenario pasivo, sino como cuerpo activo que envuelve, asfixia y transforma a sus personajes, intensificando su dimensión simbólica y su carga afectiva.

De este modo, la naturaleza —que se adentra en la literatura de la ruralidad como elemento constitutivo de la experiencia— amplía el imaginario de lo neorrural más allá de los discursos documentales o sociológicos, configurando el entorno rural como territorio de tensión psíquica, corporal y existencial. Más allá de su dimensión física, el paisaje rural contemporáneo se revela en muchas narrativas como un espacio de memoria: una superficie que conserva huellas, silencios y fracturas. Estas literaturas no se limitan a describir entornos naturales o agrarios, sino que convierten el territorio en un archivo simbólico donde se condensan afectos, duelos, tensiones históricas y formas de vida desplazadas por el curso del progreso.

Uno de los símbolos más elocuentes de este imaginario es el embalse. Convertido en emblema de modernización forzada durante el franquismo, el embalse actúa como signo de amputación territorial y trauma colectivo. En numerosos casos, su construcción implicó la desaparición de pueblos enteros y la sumersión de paisajes y memorias que, sin embargo, perviven en relatos orales, fotografías rescatadas o escrituras del desarraigo. El embalse representa no solo la pérdida física, sino también la imposición de una narrativa estatal sobre la experiencia local: progreso a costa de memoria, infraestructura a costa de comunidad.

En torno a ellos, los lugares —pueblos inundados, aldeas abandonadas, ruinas habitadas por el silencio— se resignifican desde un duelo sin ritual, escenarios en los que la historia no ha sido cerrada, sino suspendida. La ruina rural, lejos de constituir una estética de lo pintoresco, se presenta como resto de un tejido comunitario desarticulado, huella de una temporalidad herida que se resiste al olvido. En este sentido, obras como *Distintas formas de mirar el agua* (2015), de Julio Llamazares, o *No queda nadie* (2023), de Brais Lamela, profundizan en la experiencia de los embalses y de la despoblación como fractura de la memoria familiar y colectiva. Del mismo modo, *Vibración* (1994), de José Ovejero, o *Paisaje nacional* (2008), de Millanes Rivas, muestran cómo el territorio rural se convierte en un testamento sentimental, donde el espacio, al ser habitado por la memoria,

deviene en lugar signado por la pérdida, las tensiones políticas y las transformaciones identitarias que desbordan la mirada urbana y pintoresca.

El silencio, tanto físico como simbólico, ocupa un lugar central en estas narrativas. No solo como ausencia de sonido, sino como falta de relato, como espacio dejado fuera de los discursos oficiales. El silencio del campo es también el de los pueblos desplazados, de las lenguas periféricas, de las genealogías femeninas no documentadas. La literatura neorrural, ampliada conceptualmente a las literaturas de la ruralidad, se convierte, así, en una forma de hablar desde y sobre ese silencio, de darle forma narrativa, de convertir el vacío en texto.

En este marco, el paisaje rural se transforma en una geografía del archivo: lo que queda en pie, lo que se nombra, lo que no se olvida. Las obras que exploran este imaginario no ofrecen una restitución plena, sino una escritura de la fisura, de lo fragmentado, de lo que sigue latiendo bajo las aguas o entre las ruinas. La memoria territorial, en estas narrativas, no se impone como nostalgia, sino como forma de resistencia simbólica.

Desde una perspectiva de género, el silencio también es un símbolo de las voces marginadas, en particular las de las mujeres rurales cuyas historias y genealogías han quedado invisibilizadas o relegadas a un segundo plano. Incorporar este enfoque permite enriquecer la comprensión de cómo el paisaje y la memoria se entrelazan con las luchas por la visibilidad y la justicia social.

Por otro lado, esta resignificación del paisaje rural se inscribe en debates contemporáneos sobre ecología y sostenibilidad. Las literaturas de la ruralidad participan en la crítica a modelos extractivistas y proponen nuevas formas de habitar la tierra que combinan tradición y modernidad, apuntando hacia una relación más respetuosa y consciente con el entorno natural.

Finalmente, la narrativa audiovisual y digital se configura como una extensión del archivo simbólico del paisaje rural, ofreciendo nuevos formatos para visibilizar memorias y silencios, al tiempo que democratiza el acceso a estas narrativas, contribuyendo a su difusión y resignificación en contextos globalizados.

Conclusión. Hacia una relectura crítica de lo neorrural

La complejidad conceptual del neorrural invita a superar dicotomías simplistas entre lo urbano y lo rural, proponiendo una mirada integradora que abarque la diversidad de experiencias, voces y formatos narrativos. En este sentido, conviene distinguir entre las literaturas de la ruralidad, como marco amplio que engloba las narrativas vinculadas a los fenómenos que ocurren en entornos rurales y a la construcción de un sentido social, y la literatura neorrural, como categoría operativa en disputa, nacida en buena medida de una mirada urbana hacia lo rural, que visibiliza tensiones vinculadas a las nuevas migraciones y a la problemática de la España despoblada en el marco de su resignificación cultural.

Bajo esta perspectiva, la literatura neorrural actúa como un dispositivo crítico que pone al descubierto las tensiones y contradicciones del campo contemporáneo. Su heterogeneidad permite cuestionar tanto las idealizaciones románticas como las realidades políticas, económicas y culturales que atraviesan estas geografías. Como fenómeno identitario, implica no solo un replanteamiento espacial

de lo rural, sino también una revisión de las narrativas que lo configuran. De ahí la pertinencia de hablar de literaturas de la ruralidad como categoría paraguas, dentro de la cual la literatura neorrural dialoga con narrativas sobre paisaje, memoria, género o ecología.

Más allá de la despoblación, lo neorrural comprende narrativas que exploran identidades, memorias y modos de habitar el territorio, en diálogo con el patrimonio cultural y lingüístico del mundo rural. Este enfoque reconoce pluralidades, memorias fragmentadas y resistencias simbólicas que desafían las hegemonías culturales, haciendo de la literatura neorrural tanto testimonio como agente activo en la construcción de imaginarios alternativos. Se manifiesta así un doble desplazamiento: en la mirada —de la ciudad al campo— y en la experiencia física de los nuevos pobladores. No se trata de fijar un sesgo, sino de proponer un marco operativo que identifique identidades e intenciones narrativas desde el meta-concepto de cambio y continuidad. La exploración literaria del paisaje, el desarraigo y el duelo se configura como un posible espacio de resistencia simbólica y política, donde memoria y narrativa permiten repensar lo rural desde perspectivas renovadas sin romper con su genealogía. Estos procesos no solo testimonian la transformación social y demográfica, sino que participan activamente en la construcción de un imaginario complejo que incorpora voces diversas y proyecta utopías posibles.

Asimismo, la literatura neorrural posee un valor didáctico: su complejidad identitaria fomenta el pensamiento crítico sobre las dinámicas rurales y urbanas, y su integración en contextos educativos puede contribuir a sensibilizar acerca de las transformaciones del mundo rural y su relevancia en el debate público.

Todo esto evidencia la necesidad de avanzar hacia un análisis interdisciplinar que articule sociología, geografía, historia, estudios culturales, ecología y crítica literaria, para comprender no solo qué relatos construimos sobre lo rural, sino cómo configuran procesos sociales y culturales en constante evolución. En suma, las literaturas de la ruralidad constituyen el marco analítico más adecuado para entender la pluralidad de discursos sobre lo rural, mientras que la literatura neorrural se revela como una de sus expresiones más significativas. No debe descartarse, sino situarse dentro de las literaturas de la ruralidad, y asumirse como categoría crítica vinculada al ‘cambio y continuidad’, útil para iluminar los debates culturales, identitarios y simbólicos del campo contemporáneo, sin obviar su carácter problemático ni la dificultad inherente a su uso y definición.

Bibliografía

- ABREU, Andrea (2020). *Panza de burro*. Sevilla: Barrett.
- ACÍN, Ramón (1996). *Muerde el silencio*. Donostia-San Sebastián: Editorial Nerea.
- ADÓN, Pilar (2015). *Las efímeras*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, S.L.
- (2022). *De bestias y aves*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, S.L.
- ALONSO CRESPO, Clemente (1984). *El hierro en la ijada*. Salobreña: Editorial Alhulia.

- AYETE GIL, María y Raúl MOLINA GIL (2025). "Sendas de las narrativas de la ruralidad en la España contemporánea: una propuesta de categorización". *Monteagudo. Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, 30: 135-148.
- BADAL, Marc (2016). *Vidas a la intemperie. Nostalgia y monstruosidad del campo español*. Madrid: Pepitas de Calabaza.
- BAJTÍN, Mijaíl M. (2019). *La novela como género literario*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- BAL, Mieke (1990). *Narratology: Introduction to the Theory of Narrative*. Toronto: University of Toronto Press.
- BARNLEY, Pierre y PAILLET, Paule (1978). *Les néo-artisans*. París: Stock.
- BERBEL GARCÍA, Rosa M. (2022). "Nuevas direcciones para la estética ecológica en la literatura española neorrural (2013-2020)". *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 19: 297-316.
- BOCK, Bettina B. (2016). "Rural marginalisation and the role of social innovation; a turn towards nexogenous development and rural reconnection". *Sociologia ruralis*, 56 (4): 552-573 [<https://doi.org/10.1111/soru.12119>].
- BONET, Enrique (2015). *La araña del olvido*. Madrid: Astiberri Ediciones.
- BORRAZAS, Xurxo (1981). *La aldea muerta*. Edición de Autor.
- BUESO, Emilio (2021). *Cenital*. Madrid: Salto de página.
- CALVO CARILLA, José Luis (2022). "La novela idilio como una de las tendencias de la narrativa de hoy". En Teresa GÓMEZ (ed.). *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: De la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 67-82.
- CAMARERO, Luis (1993). *Del éxodo rural y del éxodo urbano: ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- , et al., coords. (2009). *La población rural de España*. Colección Estudios Sociales, 27. Barcelona: Fundación la Caixa [<https://novaruralitat.org/wp-content/uploads/2019/12/La-población-rural-de-España.pdf>].
- CARRASCO, Jesús (2013). *Intemperie*. Sevilla: Seix Barral.
- CĂRTĂRESCU, Mircea (1996-2007). *Orbitor*. Bucarest: Humanitas.
- (2015). *Solenoides*. Bucarest: Humanitas.
- CASTELL, Manuel (2000). "Globalización, sociedad y política en la era de la información". *Bitácora urbano-territorial*, 4 (1): 42-53.
- CERDÁ, Francisco (2017). *Los últimos. Voces de la Laponia española*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- CHAMPEAU, Geneviève (2018). "La novela neorrural actual entre distopía y retro-utopía". *HispanismeS*, 11 [<https://doi.org/10.4000/hispanismes.2185>].
- , CARCELÉN, Jean-François, et al., coords. (2011). *Nuevos derroteros de la narrativa española actual*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

- CHEVALIER, Michel (1981). *La formation des communautés néo-rurales*. París: L'Harmattan.
- COGNETTI, Paolo (2016). *Le otto montagne*. Turín: Einaudi.
- COPUS, Andrew (2013). "Urban-rural relationships in the new century: clarifying and updating the intervention logic". En *New Paradigm in Action—on successful partnerships*. Varsovia: Ministry of Regional Developmen, 7-29 [<https://www.hutton.ac.uk/sites/default/files/files/andrew's%20article-%20warsaw.pdf>].
- COULON, Cécile (2021). *Une bête au paradis*. París: Iconoclaste.
- CRESSWELL, Tim (2010). "Towards a politics of mobility". *Environment and planning D: society and space*, 28 (1): 17-31.
- DARRIBA, Manuel (2013). *El bosque es grande y profundo*. Madrid: Caballo de Troya.
- DAVODEAU, Étienne (2017). *Rural*. Barcelona: Ediciones La Cúpula.
- DE LERA, Ángel María (1965). *Con la maleta al hombro: notas de una excursión por Alemania*. Madrid: Editora Nacional.
- DELIBES, Miguel (1950). *El camino*. Barcelona: Destino.
- (1978). *El disputado voto del señor Cayo*. Barcelona: Destino.
- (1981). *Los santos inocentes*. Madrid: Espasa-Calpe.
- DEL MOLINO, Sergio (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- DE LUCA, Erri (2001). *Montedidio*. Milán: Feltrinelli.
- DÍEZ, Luis Mateo (1992). *La ruina del cielo*. Ediciones Nobel.
- DUMAZEDIER, Joffre (1974). *Sociology of Leisure*. Amsterdam: Elsevier.
- FONT GAROLERA, Jaume (2023). *Las Españas despobladas: entre el lamento y la esperanza*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- FORTAN, Livia (2024). "Hacia la esencialidad de la naturaleza en espesura, el claroscuro de la naturaleza en Pilar Adón". *Ínsula*, 933: 21–26.
- FRAILE, Pilar (2018). *Ventajas de la vida en el campo*. Madrid: Editorial La Moderna.
- GARCÍA, María Eugenia (2019). "¿Qué es la neorruralidad? Reflexiones sobre la construcción de un objeto de estudio". *Territorios*, 40: 177-196.
- GARCÍA MORALES, Adelaida (1981). *El sur*. Barcelona: Seix Barral.
- (1985). *Bene*. Barcelona: Seix Barral.
- (1985). *El silencio de las sirenas*. Barcelona: Seix Barral.
- (1992). *La tía Águeda*. Barcelona: Seix Barral.
- GIONO, Jean (1935). *Que ma joie demeure*. París: Grasset.
- GÓMEZ TRUEBA, Teresa (2022). "Desmontando algunos sobreentendidos en torno al neorruralismo y la novela". En Teresa GÓMEZ (ed.). *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: De la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 7-21.

- (2023). “Travesía crítica: la novela neorrural en la España vacía”. *Brújula: revista interdisciplinaria sobre estudios latinoamericanos*, 16: 143-148 [<https://doi.org/10.58748/ZKXG5579>].
- GONZÁLEZ GARCÍA, Juana María (2024). *Literatura ecológica contemporánea en español escrita por mujeres, una visión panorámica*. Bruselas: Peter Lang
- GONZÁLEZ SAINZ, José Ángel (1991). *Volver al mundo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- HAKIN, Mohamed ibn Azzuz (2002). *Diario de un alfaquí rural*. Tetuán: al Khalij.
- HALFACREE, Keith (2007). “Back-to-the-Land in the Twenty-first Century Making Connections with Rurality”. *Journal of Economic & Social Geography*, 98 (1): 3-8.
- HERNÁNDEZ, Abel. (2008). *Historias de la Alcarama*. Madrid: Editorial Gadir.
- HERVIEU, Françoise y PURSEIGLE, Franck (2004). *Le développement rural: approche sociologique*. París: La Documentation Française.
- JACOB, Jeffrey (1997). *New Pioneers: The Back-to-the-Land Movement and the Search for a Sustainable Future*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- JAQUIER, Claire (2019). *Par-delà le régionalisme: Roman contemporain et partage des lieux*. Neuchâtel: Livreo-Alphil.
- JONCOUR, Serge (2020). *Nature humaine*. París: Éditions Flammarion.
- KALLIFATIDES, Theodor (2017). *Otra vida por vivir*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- LAFON, Marie-Hélène (2014). *Joseph*. París: Buchet/Chastel.
- LAMELA, Brais (2023). *No queda nadie*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- LÉGER, Daniel (1979). *Les nouveaux ruraux*. París: Presses Universitaires de France.
- LEVI, Carlo (1945). *Cristo si è fermato a Eboli*. Roma: Einaudi.
- LLAMAZARES, Julio (1985). *Luna de lobos*. Madrid: Seix Barral.
- (1988). *La lluvia amarilla*. Barcelona: Seix Barral.
- (1990). *El río del olvido*. Barcelona: Seix Barral.
- (1994). *Escenas de cine mudo*. Madrid: Alfaguara.
- (2015). *Distintas formas de mirar el agua*. Madrid: Alfaguara.
- LLOBELL, Sento (2013). *Un médico novato*. Barcelona: Salamandra Graphic.
- LÓPEZ ANDRADA, José Antonio (2017). *El viento derruido*. Córdoba: Almuzara.
- LOMBARDI, María, Antonio LOPOLITO, et al. (2020). “Network impact of social innovation initiatives in marginalised rural communities”. *Social Networks*, 63: 11-20.
- LORENZO, Santiago. (2018). *Los asquerosos*. Barcelona: Blackie Books.
- LUISELLI, Valeria (2019). *Desierto sonoro*. Ciudad de México: Sexto Piso.
- MARTÍN, Jaime (2016). *Jamás tendré 20 años*. Barcelona: Norma Editorial.
- MARSÉ, Juan (2020) [1.^a ed. 1962]. *Viaje al sur*. Barcelona: Lumen.
- MESA, Sara (2020). *Un amor*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- MERINO, Ana (2020). *El mapa de los afectos*. Barcelona: Planeta.

- MEYER, Birgit (2015). *Sensational Movies: Video, Vision, and Christianity in Ghana*. Berkeley: University of California Press.
- MERUANE, Lina (2007). *Fruta podrida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- MÉRIDA DONOSO, José Antonio (2017). *Saber mirar, saber contar: la narrativa cinematográfica de José Luis Borau*. Universidad Autónoma de Madrid [<https://repositorio.uam.es/handle/10486/681421?show=full>].
- (2023). “Literario neorrural y patrimonio: Espacio, memoria e identidad”. *Her&Mus: heritage & museography*, 24: 43-58 [<https://doi.org/10.60940/hermusv24id422971>].
- (2024). “Memorias de un país deshabitado. Del Molino, Llamazares y Carrasco, cruce de miradas”. *Ínsula*, 933: 3-8.
- MILLANES RIVAS, José (2008). *Paisaje nacional*. Madrid: Ediciones Lengua de Trapo.
- MOLINA GIL, Raúl (2025a). “Poéticas de la ruralidad en la España contemporánea: lenguaje, memoria e idealización”. *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, 41 (1): 303-329 [<https://doi.org/10.15581/008.41.1.303-29>].
- (2025b) “Del neorruralismo a las literaturas de la ruralidad. Debate terminológico y propuesta de categorización sobre una tendencia en auge”. *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 34: 463-483 [<https://revistas.uned.es/index.php/signa/article/view/39524>].
- MORGAN, Robert (1999). *Gap Creek*. Chapel Hill: Algonquin Books of Chapel Hill.
- MORENO, Iván (2013). *El niño que robó el caballo de Atila*. Madrid: Caballo de Troya.
- MOUGOYANNI HENNESSY, Christina (2021). “Nueva ruralidad en la novela española contemporánea: un enfoque ecocrítico”. *Pangeas. Revista Interdisciplinar de Ecocrítica*, 3: 7-15 [<https://doi.org/10.14198/PANGEAS.18890>].
- MORA, Vicente Luis. (2018). “Líneas de fuga "neorrurales" de la literatura española contemporánea”. *Tropelías: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, 4: 198-221 [https://doi.org/10.26754/ojs_tropelias/tropelias.201843071].
- NOGUÉ, Joan (1988). “El fenómeno neorrural”. *Agricultura y sociedad*, 47 (1): 145-175.
- OVEJERO, José (1994). *Vibración*. Madrid: Alfaguara.
- PAVESE, Cesare (1950). *La luna e i falò*. Turín: Einaudi.
- PLA, Josep (1947). *Cadaqués*. Barcelona: Ediciones Destino.
- PRADOS, Alejandro (2011). “Naturbanización y nuevos estilos de vida rural”. *Geografía y Sociedad*, 9 (2): 112-130.
- RASH, Ron (2008). *Serena*. Nueva York: Ecco Press/HarperCollins.
- SALDARRIAGA GUTIÉRREZ, Sebastián (2020). “Giro rural y memorias del conflicto armado en la novela colombiana del siglo XXI”. *Catedral Tomada: Revista de Crítica Literaria latinoamericana*, 8 (15): 35-61.

- SÁNCHEZ, María (2017). *Cuaderno de campo*. Barcelona: Anagrama.
- (2019). *Tierra de mujeres*. Barcelona: Seix Barral.
- SAPIRO, Gisèle (2021). "Les métamorphoses de l'écrivain engagé. Politiques de la littérature". *Esprit*, 476: 99-108.
- SCHWEBLIN, Samanta (2015). *Distancia de rescate*. Buenos Aires: Random House.
- SEFRIOUI, Ahmed (1954). *La boîte à merveilles*. Casablanca: Éditions du Sirocco.
- SLIMANI, Leïla (2021). *In the Country of Others*. Nueva York: Penguin Group USA.
- SOLÀ, Irene (2019). *Canto yo y la montaña baila*. Barcelona: Anagrama.
- UCLÉS, David (2024). *La península de las casas vacías*. Madrid: Editorial Páginas de Espuma.
- WIEST, Karin (2016). "Migration and Everyday Discourses: Peripheralisation in Rural Saxony-Anhalt from a Gender Perspective". *Journal of Rural Studies*, 43: 280-290.